

RODOLFO MARTÍNEZ  
FELICIDAD MARTÍNEZ

**EL ADEPTO  
DE LA REINA**  
**LA SAGA COMPLETA**



**S**  
FORTULA

RODOLFO MARTÍNEZ  
FELICIDAD MARTÍNEZ

EL ADEPTO DE LA  
REINA

LA SAGA COMPLETA



Primera edición: Diciembre, 2020

© 2020, Sportula por la presente edición

© 2009, 2012, 2014, 2017, 2020, Rodolfo Martínez y Felicidad Martínez

Ilustración de cubierta: Tithi Luadthong

Diseño de cubierta: Sportula

ISBN obra completa(ePub): 978-84-120428-7-0

ISBN volumen I (rústica): 978-84-120428-8-7

ISBN Volumen II (rústica): 978-84-120428-9-4

SPORTULA

[www.sportula.es](http://www.sportula.es)

[sportula@sportula.es](mailto:sportula@sportula.es)

SPORTULA y sus logos asociados son marca registrada de Rodolfo Martínez

Prohibida la reproducción sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Para obtener más información al respecto, dirijase al editor en [sportula@sportula.es](mailto:sportula@sportula.es)

# LIBRO PRIMERO

## ESPECTROS

# 1

## LA BOMBA DE MALAS NOTICIAS

*Pese a lo que pueda parecer, la situación en la que dos enemigos recelosos se miran continuamente por encima del hombro y no se mueven por miedo al otro es la más estable de todas. Y la más beneficiosa para ambos bandos.*

*En nombre de la seguridad y esgrimiendo la amenaza del otro lado (siempre a punto de materializarse, pero sin hacerlo nunca) puede llegar a crearse una dinámica que, a la larga, acaba por sostenerse a sí misma.*

*Esta situación puede mantenerse durante un tiempo indefinido, si cada bando juega sus cartas con cuidado... siempre, claro, que no aparezca un tercero en discordia.*

—Glaxton Dishrel

El aerobajel procedente de Wáhrang llegó a Lambodonas a la caída de la tarde, como de costumbre. Cruzó el cielo perezosamente, se detuvo frente a la Torre y, antes de que la manecilla más larga del reloj recorriese la mitad de su camino, el bajel estaba fijado y la escalerilla lista para que descendieran los pasajeros.

La inevitable inspección llegó poco después. Los Adeptos Inquisitivos fueron tan cuidadosos y discretos como siempre y los pasajeros no tardaron mucho en tener paso franco a la ciudad bajo la torre.

Uno de los viajeros procedía del norte de Wáhrang, cerca de la frontera con la estepa. Su rostro y las partes visibles de su cuerpo estaban completamente cubiertos de caracteres arcanos que, si uno conocía el idioma, revelaban su linaje. Gran parte de su cuerpo estaba tatuado de ese modo y si conseguía morir de viejo era muy probable que al final de su vida no quedase un centímetro de su piel libre de tatuajes.

Permanecía silencioso, casi hosco, mientras esperaba a ser inspeccionado por los adeptos. Aquello no le extrañó a nadie. Los wáhranger del norte tenían fama de lacónicos y las palabras tendían a ser, para ellos, algo demasiado valioso para gastarlo en conversaciones triviales.

El adepto lo exploró a conciencia, pero de un modo casi aburrido y luego lo dejó pasar. Recogió su escaso equipaje (una bolsa de viaje que había visto tiempos mejores) y bajó con los demás pasajeros a la ciudad.

Al contrario que otras ciudades, Lambodonas despertaba con la caída de la noche. La mayor ciudad de los Pueblos del Pacto, como proclamaban sus habitantes, tenía una vida nocturna intensa y agitada. De ella, eran los baños públicos lo que posiblemente más chocaba a los extranjeros. Repartidos por toda la ciudad, ofrecían un servicio completo y barato, tanto a naturales como a foráneos y, en algunos casos, lo complementaban con otros placeres.

El wáhranger entró en uno de los baños más céntricos y pidió una cabina privada. El esclavo de la recepción lo miró casi con altanería, como si fuera demasiado educado para decir en voz alta lo que pensaba. El cliente llevó la mano a la bolsa de viaje y extrajo de ella dos monedas que tintinearón con el familiar soniquete de la plata. El esclavo las aceptó con una inclinación de cabeza y, aunque la expresión de su rostro se suavizó, era evidente que seguía pensando que aquel cliente estaba fuera de su elemento y que era una lástima que ciertas cosas se compraran simplemente con dinero.

Guio al wáhranger a una de las cabinas privadas, le explicó con desganada eficacia el funcionamiento del baño y luego lo dejó solo. No volvió a pensar en él durante el resto de la noche.

A solas, el wáhranger, tomó su baño y dejó que el agua caliente le abriera los poros. Con los ojos cerrados y el gesto relajado, flotó en paz como hacía tiempo que no se sentía. Era consciente de lo que ocurría a su alrededor, del murmullo distante de las conversaciones en los baños (aquellos malditos albonenses parecían incapaces de cerrar la boca) pero apenas les hacía caso.

Cuando sintió que el agua empezaba a entibiarse, miró a su alrededor y escuchó con atención. Luego asintió, como si se respondiera una pregunta que él mismo acabase de formularse. Se puso de pie, alzó los

brazos, cerró los ojos y musitó una palabra impronunciable.

Sintió un cosquilleo en todo el cuerpo y notó que los tatuajes empezaban a disolverse sobre, convirtiéndose en minúsculos arroyos que se iban engordando unos a otros hasta encontrar sus piernas y deslizarse por ellas hasta el baño.

Su piel quedó enseguida libre de signo alguno. Abrió los ojos.

Apenas podía mantenerse en pie. Estaba agotado.

Salió del baño con gestos de hombre viejo y se sentó en el banco junto a la pared. Contempló el agua teñida de negro, que parecía estar musitando una canción.

Se sentía vacío. Casi todos sus mensajeros habían abandonado su cuerpo y estaban ahora en el baño, junto a los que había llevado, dormidos, en los tatuajes.

No tenía mucho tiempo. Tal concentración de mensajeros activos no tardaría en alertar a alguien y vendrían a por él.

Tomó aire, lo retuvo en el pecho y lo dejó salir lentamente, mientras tres palabras impronunciables se articulaban en su boca.

Cuando la milicia llegó no había gran cosa que hacer, aparte de contar los cadáveres y ayudar a que los supervivientes estuvieran lo más cómodos posible. Pasarían el resto de su vida sumidos en sus propias pesadillas y, seguramente, la mayoría serían llevados a la Casa Final por sus propios parientes a no tardar mucho.

No les costó dar con el lugar donde había estallado la bomba. El cuerpo del wáhranger era un amasijo desmadejado de carne y dolor cuyo rostro casi no parecía humano. El capitán de la milicia dio orden de que apartaran el cuerpo para una investigación posterior y luego trató de poner algo de orden en el caos que lo rodeaba.

No se enteró hasta algún tiempo después de que las Adeptas de la Curación habían encontrado algo en el cadáver del extranjero aquella misma noche, mientras atendían a su disección.

La Torre había sido un día el hogar de los monarcas. Luego, como prisión, albergó muchos y muy curiosos inquilinos. Treinta años atrás se

había transformado en estación terminal para los aerobajeles que llegaban y salían de Lambodonas.

Durante todo aquel tiempo, los Adeptos Empíricos habían vivido en ella. Bajo ella, en realidad, muy por debajo de la superficie.

El mundo había ido cambiando a su alrededor, pero ellos lo habían hecho lo mínimo imprescindible para adaptarse a los tiempos y no volverse obsoletos. El laberinto de salas y catacumbas que había bajo la Torre seguía casi igual que el día en que los primeros cien Adeptos Empíricos, usando casi toda su sangre y sus mensajeros, los habían construido con la pura fuerza de su voluntad.

Para el ciudadano medio, no eran más que funcionarios al servicio de la Reina: chupatintas, bibliotecarios, burócratas, profesores, ingenieros, administradores, oficinistas, policías... Y, de hecho, la imagen popular se ajustaba por completo a la verdad... en la mayoría de los casos.

Los Adeptos eran los engranajes bien engrasados que hacían funcionar la delicada maquinaria del país. Y, entre ellos, los Adeptos Empíricos eran los que hacían el trabajo que nadie más quería hacer pero sin el cual todo lo demás carecía de sentido.

Se movían en la oscuridad, vivían en el anonimato. Solo respondían ante la Reina o su Regente y muy pocos fuera de un exclusivo círculo sabían de ellos, más allá del hecho de que existían.

Cualquier Adepto podía ser también un Adepto Empírico, o todos, o ninguno.

En una de las salas mayores de las catacumbas acababa de convocarse una reunión. Tal como marcaba la tradición el último en entrar fue el portavoz y, si a alguno le sorprendió que aquella noche fuera el propio Adepto Empírico Supremo, nadie dijo nada.

Bien asentado en la madurez, con un cuerpo que un día había sido robusto y ahora era simplemente gordo, el Adepto Supremo no perdió un solo detalle de lo que ocurría a su alrededor mientras entraba en la sala. Su rostro estaba parcialmente cubierto por una poblaba barba castaña, bastante anticuada en unos tiempos donde llevar el rostro lampiño era la última moda, y su ceño parecía perpetuamente a punto de fruncirse, sin terminar de hacerlo jamás.

Cruzó la sala y estaba a punto de sentarse cuando se dio cuenta de que no estaban todos. Inició un gesto hacia a su ordenanza para hacérselo



notar, pero se detuvo al ver que alguien entraba en aquel momento.

Sonrió para sus adentros, aunque su rostro no cambió de expresión. Yáxtor Brandan, por supuesto, solo él podía llegar tras el portavoz a una reunión de emergencia.

El recién llegado ejecutó el gesto de disculpa y, sin pararse a ver cómo era recibido, ocupó su asiento. Recibió algunas miradas de reproche de sus compañeros, a las que no hizo caso alguno, y trató de buscar una postura cómoda en la silla.

Solo entonces se sentó el Adepto Supremo. Tomó el documento enrollado que había en su mesa y, con un gesto, rompió el lacre que lo sellaba. Leyó la orden de la Reina y asintió en silencio.

Alzó la vista y murmuró el juramento empírico. El resto de los ocupantes de la sala lo repitieron con él:

—No sé mucho. Sé que dos más dos pueden ser cuatro. Sé que he nacido. Sé que moriré. Sé que mi sangre está al servicio de la Reina.

Cada uno de ellos procedió a romper el lacre que sellaba los rollos que había en sus mesas. El Adepto Supremo tomó un trago de vino y se dijo que, otra vez, lo habían mezclado mal. Demasiado flojo.

Se encogió de hombros.

—Esta tarde un hombre hizo estallar una bomba de locura en uno de los baños de la ciudad —dijo—. Un fanático, seguramente, al servicio de alguna causa absurda que exige fe sin pruebas. Eso pensamos al principio. Durante la disección del cadáver, sin embargo, las Adeptas de la Curación encontraron algunas cosas interesantes.

Miró de nuevo el rollo con el sello real.

—Creemos que pasó la bomba de tapadillo, inerte en los tatuajes de su cuerpo. Era un wáhranger del norte, o se hacía pasar por uno. Despertó los mensajeros de la bomba en el baño y usó la mayoría de los de su propio cuerpo para que el artefacto alcanzase masa crítica.

Vio que Yáxtor Brandan fruncía los labios.

—Él mismo era un mensajero, pero de otra clase. La bomba de locura no fue más que un modo de llamar nuestra atención. Un tanto drástico, como convendréis conmigo, pero sin duda efectivo. El verdadero mensaje estaba en su cuerpo, en los mensajeros de sus vísceras. Se activó en cuanto lo abrieron.

Tomó otro rollo de su mesa, lo abrió y leyó en voz alta:

—«Tenemos una Bomba de Malas Noticias. Sabemos cómo usarla y la usaremos. En un mes. No habrá más contactos.»

Con gesto tranquilo, arrugó del papiro y lo dejó en la mesa.

—Como veis no pierden el tiempo—dijo—. Directos y al grano. No hace falta que os diga que si alguien usa una Bomba de Malas Noticias en Lambodonas, Alboné quedará paralizado. Quién sabe durante cuánto tiempo.

—¿Cómo sabemos que realmente la tienen? —preguntó uno de los adeptos, un par de posiciones a la derecha de Yáxtor Brandan.

—Lo que sabemos es que alguien ha robado un racimo del arsenal de los occidentales. Casualmente —recalcó la palabra casi con desgana—, lo hemos sabido hoy mismo. Sospechamos que no somos los únicos en haber recibido un mensaje como este. Es posible que la mayoría de los Pueblos del Pacto hayan recibido un mensajero tan peculiar como el nuestro. Y quien sabe si en el Martillo de Dios ha pasado algo parecido. —Se encogió de hombros—. Es difícil saber lo que pasa allí. Tenemos que actuar como si la amenaza fuera real. Trabajamos contra el reloj. Tenéis vuestras instrucciones.

Sin esperar, se incorporó en su asiento y echó a andar hacia la salida. Se dio cuenta de que Yáxtor Brandan lo seguía con la mirada. Lo más probable era que no estuviera muy satisfecho con su asignación.

De hecho, contaba con ello.

El nombre, recordaba el Adepto Supremo, había empezado como una broma en la Confederación Occidental, y había terminado convirtiéndose en la denominación oficial.

—Al fin y al cabo, es la costumbre —dijo alguien, seguramente un artífice en una pausa del trabajo—. Culpar al mensajero por las malas noticias. Hacérselo pagar.

La Bomba de Malas Noticias. El invento para acabar para siempre con las guerras. Había sido usada una sola vez, al final de la Guerra del Martillo, cuando Wáhrang ya había sido doblegada pero Hanoi seguía resistiendo obstinadamente, haciendo pagar a sus enemigos con sangre cada palmo de tierra conquistada.

Se soltó solo una. En Kyono-jo. Una bombita de tamaño ridículo y

efectos devastadores que destruyó todos los mensajeros de la Ciudad Imperial y cuyos efectos se prolongaron durante dos días.

La consecuencia fue que la delicada red de infraestructuras que sostenían los mensajeros en Kyono-jo, como en cualquier otra ciudad civilizada, se derrumbó casi al momento. Reconstruirla había llevado meses.

Los mensajeros solo habían estado inactivos dos días, se decía el Adepto Supremo. Solo dos días. Lo suficiente para provocar un caos sin precedentes y humillar al pueblo más orgulloso de Oriente.

Aquella bomba había sido algo ridículo comparada con las que los occidentales (y los khynainios, si lo que los espían decían era cierto) habían desarrollado después. De juguete, decían sus técnicos. Una bomba de juguete.

Uno de los artefactos actuales mataría a todos los mensajeros en Lambodonas y sus alrededores, y sus efectos se prolongarían durante meses. En ese tiempo, la ciudad se convertiría en un lugar estéril, que mataría a los mensajeros en cuanto entraran en su perímetro y, con ellos, desaparecería buena parte de lo que los albonenses llamaban civilización.

Estarían indefensos.

A solas en su celda volvió a leer el mensaje de la Reina.

Había que detener aquella amenaza. A cualquier precio. Cualquier otra cosa era sacrificable. Cualquier otra cosa.

El Adepto Supremo se dio cuenta en ese momento de que no estaba solo. Alguien se había colado en la antesala de la celda y esperaba ahora pacientemente a que su presencia fuera percibida.

—Pasa, Yáxtor —dijo.

La cortina se hizo a un lado y el rostro de su antiguo alumno cruzó el umbral. Sus facciones parecían vacías de expresión, pero el Adepto Empírico Supremo conocía bien el lenguaje corporal de aquel hombre (*al fin y al cabo, lo convertí en lo que es ahora, se dijo*) y se dio cuenta de que, una vez más, estaba al borde de la insubordinación.

Tomó aire y le indicó un asiento frente a él. Yáxtor Brandan lo tomó con una economía de movimientos que, pese al tiempo transcurrido, seguía dejando al Adepto Supremo sin aliento.

—He leído el informe de tu misión en Painé —dijo luego—. Todo se desarrolló según estaba previsto, al parecer.

Yáxtor se encogió de hombros. No parecía muy dispuesto a comentar misiones pasadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Adepto Empírico Supremo.

Yáxtor agitó en el aire el rollo que había estado en su mesa. El Adepto Supremo se dio cuenta en aquel momento de que el lacre estaba intacto.

—Esto es basura —dijo Yáxtor.

—No parece haberlo leído.

—No lo necesito. He visto a los demás. He visto cómo reaccionaban a sus asignaciones. Lo que queda por repartir por fuerza tiene que ser basura.

—¿Por qué no lo abres y lo compruebas?

Yáxtor dudó unos instantes. Luego, con un gesto seco, rompió el sello y desenrolló el papiro.

—Trabajo de escritorio. Recopilar. Coordinar. Apoyar a los demás —murmuró mientras leía su contenido—. Basura, como he dicho.

El Adepto Supremo se encogió de hombros.

—Conoces las normas. Siete meses de trabajo de campo. Siete meses de trabajo de escritorio. Las cosas son así.

Brandan arrugó el papiro y lo tiró al suelo.

—Basura —repitió. Apenas había emoción en su voz—. Me necesitáis ahí fuera. Más que nunca. La Reina me necesita ahí fuera.

—Es posible. Pero son las normas. Y no puedo romperlas.

—Yo sí —dijo, poniéndose de pie y dejando la habitación.

*Con eso cuento*, se dijo el Adepto Supremo mientras lo veía marchar. Se giró hacia la izquierda y con un gesto y una palabra impronunciable activó los mensajeros del espejo de comunicaciones.

—Laboratorio —dijo.

Un rostro arrugado de expresión plácida ocupó el lugar de su reflejo. Inclino la cabeza y pareció fastidiado.

—Orston —dijo—. Espero que no sea ninguna trivialidad. Estoy bastante ocupado.

—¿Cuándo no lo estás, Qérlex? Yáxtor Brandan irá a verte pronto. Dirá que tiene órdenes para obtener material. Es posible que hasta te las muestre.

—Y serán falsas, claro.

—Es posible. Es posible que no. Lo que no sabemos no puede

hacernos daño.

—Curiosas palabras en boca de un Empírico —dijo Qérlex—. Casi rozando la herejía.

—La herejía solo existe en presencia de la fe. Nosotros no creemos. Sabemos o ignoramos, pero no creemos.

—Sí, sí, ahórrame la cháchara. Quieres que le dé al chico lo que pida.

—No. Nunca he dicho eso. Quiero que compruebes sus órdenes. Y, si te parecen correctas, actúa en consecuencia.

—¿Y si no me lo parecen?

—Sospecho que te lo parecerán.

Qérlex torció la boca.

—Sí —dijo al cabo de un rato—. Sospecho que sí.

Como toda gran ciudad, Lambodonas estaba llena de lugares que no existían. Burdeles y casas de juego, por supuesto, difíciles de diferenciar a veces unos de otras. También había lugares menos inocuos, donde el desafío a la ley era algo más que simplemente obviar una costumbre que se había vuelto obsoleta y que, aunque estuviera sancionada por los legisladores, nadie cumplía en realidad. Todo el mundo sabía que era cuestión de tiempo que el juego y la prostitución estuvieran a este lado de la ley y, salvo la guardia de la ciudad (para la que la existencia de ciertos delitos era una cuestión de pura supervivencia), nadie les prestaba demasiada atención.

Otros lugares eran algo más siniestros. Al igual que los anteriores, no existían, y su inexistencia era, por decirlo así, algo más secreta.

Fléiter Praghem, apoyado como siempre en su bastón, contemplaba con interés distante el resultado de un combate entre un carneútil y un khynainio y se preguntaba si aquello llevaría mucho más tiempo. Alzó su copa y dejó que un esclavo se la llenase mientras el combate (la carnicería, en realidad) llegaba al final. El khynainio, convertido en una ruina humana, se desplomó en el suelo y el carneútil, una mole de piel anaranjada que no parecía comprender dónde estaba, se quedó totalmente inmóvil.

El maestro de pista anunció el ganador. Se cobraron y se pagaron las apuestas. Se limpió la arena. Se preparó un nuevo combate.

Aburrido, se dijo Praghem. Tan aburrido como aquellos malditos albonenses, con su pose de altanera civilización y sus bajos deseos apenas ocultos bajo la superficie.

Se preguntó una vez más por qué no habría elegido otro destino. Tal vez en las ciudades estado de Ashgramor, o entre los decadentes e insufribles habitantes de Quitán. Incluso en la ciudad abierta de Jarsarén, llena de peregrinos, cenobitas, anacoretas, acólitos, beatos y aspirantes a santos. O, ya puestos, en algún lugar de Khynai, tratando de pasar desapercibido entre los creyentes del Dios Único.

Obtuvo la respuesta cuando vio entrar a Yáxtor Brandan. Los ojos azul acero del adepto empírico recorrieron la multitud como si no estuviera allí y acabaron encontrando los de Praghem, como este sabía que haría.

Aferró el bastón con fuerza, esbozó una sonrisa y alzó la copa en su dirección, en un remedo burlón de brindis. La boca de Yáxtor sonrió, pero no sus ojos. Praghem solo había visto alegría en los ojos del adepto en una ocasión, y prefería no pensar en ello.

Yáxtor no tardó en llegar a su lado.

—¿Qué tal ha ido la noche?

Praghem se encogió de hombros.

—Aburrida. Y no creo que el próximo espectáculo la vaya a mejorar.

—Eché un vistazo en dirección a la arena y asintió—. Este lugar ganaría mucho con una redada de la guardia urbana, la verdad.

—Podemos arreglarlo.

—Estoy seguro de que sí. También lo estoy —añadió, tras terminar su copa y dejarla en una repisa a su lado— de que no has venido a verme para hablar de este circo de baratillo. ¿Qué tal si nos vamos a un lugar donde podamos hablar con tranquilidad?

—Conozco el sitio perfecto —dijo Yáxtor.

—Seguro que sí. Pero tendría que estar muerto antes de que permitir me metieras en vuestro laberinto. No, sé dónde podemos ir.

Yáxtor asintió, como Fléiter había sabido que haría desde el momento mismo en que lo vio entrar.

Buena comida, buena bebida y agradable compañía femenina... o algo parecido. Las carneútiles eran, en todo caso, lo bastante convincentes. El local de Mishra tenía fama de ser la mejor casa de carneútiles de toda la Lambodonas, un lujo que Fléiter rara vez podía permitirse probar. Pero dado que aquella vez pagaban los adeptos empíricos, o eso parecía, podía darse el lujo.

Acariciaba distraídamente el pecho de una de ellas mientras con la otra mano picoteaba un bocado de aquí y de allá de la bandeja que había frente a su triclinio. Los largos dedos de la carneútil jugaban de un modo experto e indiferente con su miembro, y el rostro de Fléiter estaba completamente ocupado por una expresión de placidez que no parecía tener prisa alguna en dejarlo.

Frente a él, Yáxtor se reclinaba a medias en su triclinio y bebía su vino con indiferencia.

—¿No quieres que te pida una? —preguntó Fléiter.

Este negó con la cabeza. Fléiter sonrió burlón y dio un pequeño respingo al notar las uñas de la carneútil en su escroto.

—¿Temes que la Reina se entere? —preguntó.

Yáxtor se encogió de hombros.

—Ya veo. Hoy no estás de humor para trivialidades. No es que te culpe, pero uno debería encontrar siempre un momento para según qué cosas. Un poco más a la derecha, querida. Así, peeeerfecto.

—Habéis perdido algo.

—Hemos perdido un montón de cosas. Es nuestra especialidad, querido, ya lo sabes. Pero supongo que te refieres al racimo de Bombas de Malas Noticias que desapareció misteriosamente del almacén de Los Álamos. —Yáxtor asintió—. Sí, ya me he enterado de lo ocurrido esta tarde. Una forma eficaz de llamar la atención, sin duda. —El adepto no pareció sorprendido de que Fléiter estuviera al tanto de todo. Al fin y al cabo, era su oficio—. Seguro que en los próximos días nos enteraremos de que no habéis sido los únicos en recibir una carta de... iba a decir de chantaje, pero en realidad no os pedían nada, ¿verdad? Se limitaban a decir lo que tenían y cuándo lo usarían. Como sea, no creo que hayáis sido los únicos en recibir un mensaje tan original. Al fin y al cabo, en el racimo... perdido había bombas suficientes para unas cuantas ciudades.

—¿Qué ocurrió, Fléiter?

—Ah, Yáxtor, maldita sea, qué iba a ocurrir. Alguien la pifió, desde luego... Sí, ahora con la boca, perfecto. Alguien la cagó, como te decía. Pero no importa, los burócratas de Washorya ya se han cubierto las espaldas, han cuadrado los balances y han decidido que lo mejor es no hacer nada... Sí. Oh, sí.

Yáxtor bebió un nuevo trago y contempló con indiferencia el trabajo que la carneútil estaba haciendo con la boca en el pene de Fléiter. Este jadeó durante unos segundos, dejó escapar el aire en lo que pareció un intento frustrado de tos y su cuerpo se relajó de repente.

—Gracias, querida.

La carneútil, su rostro tan inexpresivo lo como había estado durante todo el proceso, los ojos enfocados en el vacío, procedió a limpiar los genitales de Fléiter, mientras este se acomodaba mejor en el triclinio y sonreía en dirección a Yáxtor.

—Este sitio es de lo mejor —dijo—. Saben cómo dirigir a sus carneútiles. Tengo que felicitar a Mishra.

—Luego.

—Sí, claro, luego. Ahora los malditos negocios. ¿Qué quieres saber?

—Todo lo que puedas decirme.

—Antes dime tú una cosa. ¿Por qué no has venido a verme por los cauces oficiales?

—Preferimos dejar el papeleo al margen.

—O sea, que estás actuando de espaldas a tus superiores. Así que no van a pagar la fiesta.

—Tranquilo —dijo Yáxtor—. Corre de mi cuenta.

—Como sea, no les va a hacer ninguna gracia que estemos hablando.

—Solo si lo descubren.

—Que no sea por mí, amigo mío.

—Sé que no lo será.

La carneútil terminó su tarea, colocó en su sitio la túnica de Fléiter y se puso de pie. Echó a andar hacia la puerta y pasó junto a Yáxtor. Este extendió una mano. La carneútil se detuvo, indecisa. Yáxtor sonrió y Fléiter desvió la vista, prefiriendo no saber si sus ojos sonreían también.

Oyó un crujido y, cuando volvió a mirar, la carneútil era un cuerpo desmadejado en el suelo que empezaba a deshacerse con alarmante rapidez. Yáxtor aún sonreía. Sus ojos no.



—Y ahora estamos seguros de que tampoco lo descubrirán por ella — dijo.

—Eso parece.

Yáxtor no era real, se dijo Fléiter. Era un pensamiento que había tenido en ocasiones, al ver el modo rápido, frío y carente de remordimientos en que actuaba el adepto cuando lo consideraba necesario. Era como el puñetero personaje de un cuento, como si el mismísimo Artég Praghém, el héroe que había poblado las historias de su infancia gracias a su padre, se hubiera reencarnado en él.

—Ahora cuéntame todo lo que sepas, Fléiter.

Este parpadeó y masculló una maldición. No le gustaba que nadie lo pillara con la guardia bajada. Y menos que nadie, Yáxtor.

—¿Ni siquiera vas a decir que te lo debo? —preguntó, para ganar tiempo.

—¿Hace falta?

—En realidad, no. —Se encogió hombros—. De acuerdo, por los siete demonios de la Teja, ¿por qué no? Estamos juntos en esto, nos guste o no. Si os amenazan a vosotros, en cierto modo están amenazando a la Confederación Occidental. Así que adelante. Pero antes me serviré otro trago. Creo que lo necesito.

El secreto mejor guardado de la Confederación era la Bomba de Malas Noticias. La Bomba en sí se había hecho notoriamente pública al final de la Guerra del Martillo, pero su localización exacta y el estado de las investigaciones sobre ella eran algo de lo que sencillamente no se hablaba.

Pocos sabían dónde estaba el taller. Y de ellos, solo los artífices que trabajaban allí eran conscientes de a qué se dedicaban realmente y ellos no salían jamás. La milicia encargada de la seguridad ni siquiera tenía la menor idea de en qué lugar estaban. Se los traía y se los llevaba totalmente a oscuras.

—Hasta teníamos otra media docena de talleres similares, todos con las mismas medidas de seguridad, solo que estos no eran más que decorado.

La realidad era que alguien por fuerza tenía que saber dónde estaba y en qué estado de desarrollo se encontraban las investigaciones. Cuando más de una persona sabe algo, lo acaba sabiendo todo el mundo antes o

después.

—Al fin y al cabo, ese es el intrínquilis de nuestro negocio, ¿verdad, Yáxtor?

En realidad, los detalles de lo que había ocurrido no estaban nada claros. Se sabía que se había enviado un destacamento de relevo al taller. Y luego... nada. Un silencio total.

—Todos los intentos de comunicación resultaron inútiles. Los mensajeros activaban los espejos, pero al otro lado no parecía haber nadie. En cuanto a los otros métodos... todo funcionaba, sin problemas. Simplemente, nadie respondía.

Cuando por fin se decidió enviar a un grupo de exploración, lo que este encontró fue bastante... pintoresco. Los soldados estaban todos muertos y los artífices habían desaparecido. En cuanto a los almacenes, todos estaban intactos, menos uno.

—Se llevaron el último modelo. O sabían muy bien lo que estaban buscando o les apretaron las clavijas a los artífices. Como sea, robaron solo las bombas más recientes, las desarrolladas en el último año, y dejaron todo lo demás.

Yáxtor frunció el ceño. Había escuchado en silencio la historia, limitándose a asentir de vez en cuando mientras daba cuenta de una copa de vino tras otra

—Dices que todo ocurrió cuando tocaba el relevo de la guardia. ¿Qué hay de ellos?

—Muertos, ¿no?

Yáxtor negó con la cabeza.

—No. No estaban entre los soldados muertos —dijo.

—¿Cómo demonios lo sabes?

El adepto dejó la copa en la mesa.

—He sido entrenado para leer a otros hombres, Fléiter, ya lo sabes. Y a menudo lo que se calla es más revelador que lo que dice. Vuestro equipo de rescate encontró muerto al destacamento que custodiaba el lugar. Y no había rastro de los artífices. Pero, ¿qué pasó con el relevo?

—No estaban.

—¿Y dónde estaban?

Fléiter tomó aire y lo soltó como si le costara hacerlo. Contempló su bastón, apoyado sobre una mesita no muy lejos de su triclinio. Lo tomó

con un gesto desganado y, durante varios segundos, se entretuvo en acariciar su superficie, desgastada por varias generaciones de uso.

—En los cuarteles —dijo al fin, sin dejar de mirar el bastón. La empuñadura de plata reflejó la luz un instante y Fléiter le sonrió burlón a su propia imagen—. ¿Te lo puedes creer? Estaban en los malditos cuarteles. No se habían movido de allí. Las órdenes de relevo nunca habían llegado. Fueron interceptadas.

Yáxtor apretó la mandíbula. Sacó la pipa de brezo de un pliegue de la túnica y la cargó con tranquilidad, indiferente al gesto de desagrado de Fléiter, que se daba pensativos golpecitos en la barbilla con la empuñadura del bastón.

—Pero hay algo que no cuadra, ¿verdad? —preguntó Yáxtor, tras la primera bocanada de humo.

—Claro que hay algo que no cuadra —dijo Fléiter, sobresaltado. Apoyó el bastón en las piernas y tomó aire—. Siempre lo hay, ya lo sabes. Todos estaban en sus puestos... excepto una persona. El oficial encargado de transmitir la orden de relevo ha desaparecido. Lo estamos buscando desde entonces.

Yáxtor asintió.

—¿Y ese oficial es...?

Fléiter pareció de pronto un animal acorralado.

—Yáxtor, amigo mío, no me importa compartir información con vosotros, ya lo sabes. Trabajamos para la misma causa, al fin y al cabo. Nos enjabonamos la espalda unos a otros, por así decir, pero lo que me pides...

Yáxtor se tumbó en el triclinio y lanzó un par de volutas de humo hacia el techo.

—Estáis buscando en el lugar equivocado —dijo con indolencia mientras contemplaba las formas que el humo iba trazando—. Lo buscaréis por todas partes y no lo encontraréis. Ya está muerto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es el único eslabón débil de la cadena. Así que hay que hacerlo desaparecer. No creo que encontréis su cuerpo.

Fléiter asintió a su pesar.

—Tienes razón, maldita sea la Teja y su estúpido géiser. En realidad, pienso exactamente lo mismo desde que supe lo que había pasado. Solo

que no me atrevía a decirlo en voz alta.

Yáxtor lanzó una nueva serie de anillos de humo hacia el techo. Esperó unos segundos y luego los atravesó con un par de anillos más pequeños.

—Cuéntame lo que sepas de él —dijo al fin.

Fléiter se dio por vencido. Llevaba veinte años espiando al servicio de la Confederación Occidental, y en todo aquel tiempo había estado en medio mundo y tenía una idea bastante clara de lo que había en el otro medio. Pero nunca había conocido a nadie como Yáxtor Brandan y presentía que nunca lo conocería.

*Por suerte.*

—Sea. Es el comandante Chanandler Trib'ni. O lo era, si es que estás en lo cierto. Lleva en la milicia desde finales de la guerra, aunque no creo que viera mucha acción. Por aquel entonces debía ser poco más que un alférez bisoño. En cualquier caso, tenía un historial impecable. Un burócrata, en realidad, pero supongo que un ejército también los necesita. Su hoja de servicios parecía totalmente normal. Nada que nos diera la menor pista de que pudiese ser un traidor, o un durmiente del otro bando. Claro que si nos dieran pistas, nuestro trabajo no tendría gracia, ¿verdad?

Yáxtor no respondió.

—Estaba destacado en Wáhrang, en la parte occidental de Barlénder. Solicitó un traslado provisional a casa hace unos cuatro meses y se lo dieron. Como he dicho, era un burócrata, así que supongo que tenía sentido que lo pusieran donde lo pusieron. Pero... —Dudó unos instantes—. Es cierto que estaba en el lugar adecuado para conseguir que el relevo nunca saliera, pero es imposible que conociera el emplazamiento del taller.

—Quizá no lo conocía —dijo Yáxtor, mientras se incorporaba y vaciaba la pipa—. Tal vez solo tenía que hacer desaparecer ciertas órdenes cuando alguien se lo dijera. Una pieza más en la maquinaria.

Guardó la pipa en la túnica y le echó un vistazo a su copa. Aún quedaba suficiente para un trago y lo apuró de golpe.

—Supongo que tienes información detallada de dónde vivía en Wáhrang, cuáles eran sus relaciones y con quién tenía contacto.

—Sí, pero no es gran cosa. Era un tipo callado. Iba a lo suyo y no se relacionaba demasiado con los demás. —Dudó unos instantes—. Tenía

una hija.

Fingió no ver el brillo en los ojos de Yáxtor al oír eso.

—Cuéntame más —dijo este.

Qérlex sabía que el miedo de sus aprendices era fingido, y que a sus espaldas cuchicheaban sobre él. Sabía también que lo apreciaban y, más importante aún, lo respetaban. Así que el resto podía pasarse por alto, siempre que no se mencionase.

Aquella ficción de reverente temor se tambaleaba cada vez que Yáxtor Brandan aparecía por el taller. Bastaba con que empezase a toquetear por aquí y por allá e hiciera un par de comentarios jocosos para que las máscaras estuvieran a punto de venirse abajo.

Así que cuando vio a Yáxtor abrirse camino en su dirección a través de un grupo de aprendices, fingió no verlo y siguió con su trabajo. Los dos próximos días iban a ser muy duros, se dijo, hasta que las cosas volvieran a la normalidad.

—Qérlex —dijo Yáxtor mientras se detenía a un par de metros a sus espaldas—. Tu madriguera parece extrañamente ordenada esta mañana.

Inmutable, el Maestro de Artífices siguió con lo suyo y no se volvió hasta que la última rueda dentada estuvo en su sitio. Solo entonces se permitió fulminar a Yáxtor con una mirada lanzada por encima de sus anteojos.

—Vaya —dijo—. Estaba seguro de que habías muerto. O casi.

—«Casi» no cuenta. Ya deberías saberlo.

—¿Qué te trae por aquí?

Yáxtor se llevó la mano al mentón y se lo acarició en un gesto pensativo.

—Veamos —dijo—, ¿qué podría necesitar de ti? No se me ocurre qué.

—Estupendo. A mí tampoco. Así que, ¿por qué no te largas y me dejas en paz?

En lugar de responderle, Yáxtor le tendió un rollo lacrado. Qérlex lo tomó y rompió el lacre. La orden parecía estar en regla y los sellos, correctos. Con un gesto despectivo, arrugó el documento y lo lanzó sobre un brasero.

—Supongo que necesitarás otra vez que los productos de mi taller

salven tu miserable vida. Y, como de costumbre, si me devuelves alguno en buen estado habrá sido por equivocación.

Yáxtor sonrió y Qérlex contempló algo que pocos hombres habían visto. Un brillo de distante diversión asomó a sus ojos color acero. El artífice conocía bien las leyendas que circulaban en la Orden sobre el joven adepto, y nunca las había puesto en duda. Al fin y al cabo, conocía perfectamente su historia y sabía en qué se había convertido cinco años atrás. Era uno de los responsables (no el principal, se decía a menudo, pero responsable al fin de cuentas) de aquella transformación.

Sabía que Yáxtor se sentía seguro en su taller, a salvo. Casi como en casa. El intercambio de pullas, el continuo menosprecio de sus creaciones, la forma descuidada en que las toqueteaba y las dejaba en cualquier parte, eran su modo de hacer eso evidente.

Así que le hizo una seña al adepto para que fuera tras él y dejó aquella parte del taller, en dirección a su espacio privado.

Era una sala enorme, casi tan grande ella sola como el resto del taller, y estaba atestada. Aparatos a medio construir ocupaban la mayoría de las mesas; cachivaches que nadie sabía para qué servían se amontonaban en los estantes, y docenas de planos se desparramaban por todas partes.

—Esto es algo en lo que he estado trabajando —dijo mientras entraba—. Creo que puede serte útil. ¿Dónde lo he met...? Ah, sí.

Le tendía lo que parecía un brazalete de metal en forma de serpiente enrollada.

—Muy adecuado —dijo Yáxtor—. Confieso que no sabía qué ponerme esta noche.

Qérlex masculló algo y susurró una palabra impronunciable.

—El metal tiene memoria y recupera su forma original con la palabra adecuada —dijo mientras el brazalete se transformaba en un estilizado cilindro y, lo que había sido la cabeza de la serpiente se convertía en una culata.

—Ah, ya veo —dijo Yáxtor—. Un lanzador de proyectiles. Muy innovador. Creo que hay algún bárbaro en el Sur que aún no lo tiene.

—No como este, te lo aseguro.

Qérlex rebuscó por uno de los estantes hasta dar con una pequeña caja metálica. La abrió y tomó una de las bolitas que había en su interior. La encajó en la recámara del lanzador y apuntó hacia el fondo de la sala,

donde había un maniquí para pruebas de tiro.

Yáxtor lo contemplaba sin saber adónde quería llegar el otro hombre. El viejo artífice se volvió a medias y sonrió como si acabara de acordarse de un chiste estupendo.

Su dedo se crispó alrededor de un pequeño gatillo y el lanzador escupió el proyectil. El rostro del maniquí se convirtió en algo irreconocible tras el impacto.

—¿Qué...? —preguntó Yáxtor.

—Ah, así que ya no lo sabemos todo, ¿verdad? —dijo Qérlex mientras se volvía y le tendía el lanzador.

Yáxtor lo tomó en las manos y lo hizo girar, estudiando el mecanismo. Al cabo de un rato, la comprensión asomó a su rostro.

—Claro —dijo—. El gatillo activa el percutor. Y es el golpe de este sobre el proyectil el que genera la palabra impronunciable de ignición.

—Bueno, no eres idiota del todo, te lo reconozco.

—Interesante —dijo Yáxtor, sin dejar de hacer girar el lanzador—. Muy interesante.

—Seguro que sí. Tanto que puede salvar tu vida. Es totalmente indetectable, por supuesto. Y lo mejor es que también el disparo lo es. No necesitas pronunciar la palabra que activa los mensajeros del proyectil. Y, de hecho, niño ingrato, el percutor no la hace audible al golpearlo, sino que la escribe sobre él.

—¿Has...?

—Sí, he. Exactamente. Mis proyectiles no necesitan del sonido para activarse y, por tanto, nadie puede detectar una palabra impronunciable siendo pronunciada. Si usas este lanzador con discreción, nadie dará contigo. Lo mejor es que si alguien te roba la munición no podrá usarla con otra pistola. ¿Es lo bastante bueno para ti?

Yáxtor, impresionado a su pesar, asintió. Qérlex le arrebató el lanzador, pronunció la palabra de reposo y de nuevo fue un inocuo brazalete en forma de serpiente.

—Puedes usar con él un cargador estándar. Por supuesto, en caso de apuro puedes utilizar munición tradicional, activada por la voz.

Le tendió el brazalete, un par de cajas con los proyectiles y un cargador.

—¿Suficiente? —preguntó después.

—En realidad...

No, Qérlex tampoco había esperado que lo fuese.

En la siguiente media hora, los dos recorrieron la sala privada del artífice y este le fue comentando al adepto las cosas en las que estaba trabajando. Algunas aún no habían pasado del plano a la realidad, otras estaban a medias y unas pocas no habían sido probadas aún. Del resto, la mayoría fueron desdeñadas por Yáxtor con un gruñido y una sonrisa despectiva. Hubo algunas que encontró interesantes, sin embargo.

—¿Y bien? —preguntó Qérlex cuando Yáxtor se dio por satisfecho y dejó de preguntarle para qué era aquello o lo otro—. ¿Qué será esta vez? ¿De qué terrible amenaza vas a salvar al mundo civilizado?

Yáxtor sonrió de nuevo y no fue consciente de lo relajado que se sentía mientras sacaba la pipa y procedía a llenarla de tabaco.

—¿No te lees las circulares?

—¿Para qué? ¿Me serviría para algo?

—Seguramente no.

—Entonces...

Pero Yáxtor no respondió y siguió fumando como si el artífice no le hubiera preguntado nada. No tardó en irse y lo hizo sin contarle para qué necesitaba el equipamiento. No es que Qérlex hubiera necesitado que se lo contase, por supuesto. Estaba al tanto de todo lo que pasaba por allí arriba, aunque solo fuera a través de los murmullos de sus aprendices.

Una Bomba de Malas Noticias. Varias, si lo que se rumoreaba era cierto.

El más estúpido y peligroso de los inventos. Habían sido los occidentales los que lo habían desarrollado. Quién si no. Enamorados de su propio ingenio y dispuestos a probar cualquier innovación sin pararse a pensar en las consecuencias.

Aunque estas fueran la desaparición del mundo tal como lo habían conocido hasta ahora.

Mentalmente, rogó porque Yáxtor tuviera éxito en su misión. Sabía que incluso en ese caso no era más que un aplazamiento. Una vez que has inventado algo no puedes desinventarlo, no desaparecerá por sí mismo.

Era cuestión de tiempo que todo dejase de ser lo que era.

*Al menos que pase después de mi muerte.*

Tampoco era muy optimista al respecto.



El espejo de comunicaciones se activó y el Adepto Empírico Supremo pronunció la orden que despertaría a los mensajeros de su lado. El rostro enfurruñado de Qérlex se materializó en la superficie bruñida.

—El chico ha estado aquí, Orston.

—¿Tenía una orden?

—Claro que la tenía, ¿crees que es imbécil? Muy bien falsificada, además.

—Bueno, ese siempre ha sido uno de sus talentos naturales.

—Casi todo ha sido siempre uno de sus talentos naturales. No me vengas con obviedades, Orston.

El Adepto Supremo entrecerró los ojos. Qérlex no estaba fingiendo ser un viejo tirano cascarrabias, como hacía con sus aprendices. Realmente estaba molesto.

—¿Qué ocurre?

—Nada bueno, ya que me lo preguntas. Nuestros estúpidos primos de occidente han desarrollado un arma que a nadie debería habersele ocurrido jamás. Si eso te parece poco, se la han dejado robar como pardillos. Sí, ya sé que más tarde o más temprano habría pasado. Una vez que creas algo es cuestión de tiempo que todo el mundo lo tenga. Pero mientras tanto, estamos en una situación bastante apurada.

—¿Quién comenta obviedades ahora, viejo amigo?

—Al pozo de la ignorancia contigo, Orston. Digo lo que me apetece y cuando me apetece. Te conocí cuando no eras más que un acólito que se sobresaltaba cada vez que alguien decía una palabra impronunciable. No tuve el dudoso honor de cambiarte los pañales, pero te conozco lo bastante para que no me impresiones.

—Como quieras.

—Eso es. Como quiera.

Guardó silencio de pronto, y el Adepto Supremo se preguntó qué querría decir realmente su viejo maestro. No tardó en averiguarlo.

—Tenemos los días contados —dijo al fin el artífice.

—Como todos.

—Sabes lo que quiero decir. No me vengas con esas.

—Como quie... —Se detuvo de pronto—. De acuerdo. Tenemos los

días contados. No hay mucho que podamos hacer con eso. Tendremos que intentar que esos días duren lo más posible. Es nuestro trabajo, al fin y al cabo.

—Por la Reina —murmuró Qérlex como si mascullara una obscenidad.

—Por la Reina —repitió el Adepto Supremo—. Por ella y por la civilización que representa, si eso no es bastante para ti.

—Bueno, hay peores motivos, supongo. Aunque mi juicio no es muy imparcial, claro.

—¿Adónde quieres llegar, Qérlex?

El viejo pareció sorprendido.

—¿Llegar? A ningún sitio. Estoy muy bien donde estoy. Aunque no sé durante cuánto tiempo más lo estaré.

—Desactivaremos la amenaza.

—No soy tan optimista como tú, pero te concederé el beneficio de la duda. Por un tiempo al menos.

—Eso es todo lo que tenemos.

—Nacemos. Morimos. Somos un puñetero paréntesis. Y lo que hay en medio... Bah, estoy divagando.

—Hace rato.

Qérlex ni siquiera pareció ofendido por el insulto. Fruncía el ceño y meneaba la cabeza.

—¿Qué hemos hecho, Orston? —preguntó de repente.

—Lo que debíamos hacer.

—Sí, pero ¿qué le hemos hecho al chico?

El Adepto Supremo enarcó una ceja. Así que era eso. Debía haberlo supuesto. ¿Cuántas veces en los últimos cinco años había sacado Qérlex aquel tema, siempre a media voz, siempre en susurros, siempre en tono atormentado? Demasiadas, seguramente, pero era mejor que el viejo artífice tratara el asunto con él en lugar de callárselo y acabar soltándolo todo de repente cualquier día en el momento más inadecuado y el lugar más inoportuno.

—Lo convertimos en lo que es —respondió, tras unos instantes de duda—. Y, como siempre, hicimos lo que teníamos que hacer. Eso es todo.

Qérlex meneó la cabeza.

—Es una maldita bomba de relojería. Y algún día nos estallará en las

narices.

—Es nuestra mejor arma, Qérlex. Y tú deberías saber mejor que nadie que las buenas armas son siempre peligrosas.

—Es una máscara. Y debajo...

—Ya basta. —Por primera vez desde que se había iniciado la conversación, el Adepto Supremo estuvo a punto de perder la paciencia. Había cosas de las que, simplemente, no se hablaba, y Qérlex estaba a punto de cruzar esa frontera—. Hicimos lo necesario. Todos nosotros. Estuvimos de acuerdo en pagar las consecuencias, fueran las que fueran.

—Solo que, de momento, las consecuencias solo las paga él.

—¿Él? ¿Qué paga él? ¿Cómo va a echar de menos algo que ni siquiera recuerda que haya existido? El muchacho está bien. Mucho mejor de lo que estaría si no hubiéramos intervenido. —Tomó aire y lo dejó salir muy despacio—. Tengo mucho trabajo, Qérlex. Y tú también. Si no vas a decirme nada más, sugiero que los dos reanudemos nuestras tareas.

—Claro, qué desconsiderado por mi parte.

Abrió la boca, a punto de pronunciar la palabra que desactivaría el espejo. Sonrió de pronto y dijo:

—La Transición se completa dentro de un mes, ¿verdad? Va a ser un momento delicado.

Sus labios se arrugaron y la palabra de desconexión salió de su boca. A solas en su despacho, el Adepto Supremo dejó escapar una maldición.

## 2

# LA EDAD DE LA INOCENCIA

*El mundo que vemos no es del todo el mundo que existe. Sin duda, el día en que comprendemos eso es el día en que nos hacemos adultos. Algunos tienen la suerte de descubrirlo pronto. Otros, la suerte aún mayor de no descubrirlo nunca.*

—La Reina de Alboné, en su vigesimoséptima encarnación

La ventana de Valquinia Trib'ni daba al oeste. Así que, si se levantaba temprano, podía contemplar la llegaba del aerobajel diario que hacía la ruta entre Alboné y Wáhrang.

Esa mañana, como casi todas, mientras descorría la celosía y se asomaba a un mundo medio en penumbra se preguntó si hoy sería el día. Se respondió que sí. Aquella noche sería la noche.

El largo y estilizado cigarro que era el aerobajel se deslizaba perezosamente sobre la ciudad y no tardaría en llegar a la torre de amarre. Sus pasajeros desembarcarían dentro de poco. Como solía hacer, se entretuvo en imaginarles un rostro y un pasado.

Oyó que en el piso de abajo los esclavos despertaban, así que dejó la ventana y se puso la camisa de noche. Se tumbó en la cama y esperó a que vinieran a despertarla.

Mientras lo hacía, luchando por no acariciarse, anticipó los placeres de aquella noche.

Álistar llegó en el sopor de la tarde, como siempre, mientras ella hacía sus labores de costura junto a la ventana. En aquellos momentos, la calle

estaba totalmente desierta, y adivinó sus pasos antes de oírlos.

Lo vio asomar a la ventana y se sorprendió una vez más de lo parecida que era la realidad a sus fantasías: los largos rizos que enmarcaban el rostro, el gesto altivo, la pose de cazador al acecho (un pie adelantado, la mano en el pomo de la espada) y la sonrisa de asombro con que siempre la saludaba.

—Hoy estás muy hermosa —dijo, tras unos segundos de contemplación embelesada.

—¿Acaso no lo estoy otros días? —preguntó ella, todo candor e inocencia.

—Claro que sí, mi amada. Pero esta tarde hay algo especial en la luz que se cuela por tu ventana. Algo que realza, si es que eso es posible, tu belleza.

Valquinia sonrió y se dejó requebrar un rato, fingiendo que no entendía las insinuaciones de su amado.

—No sé si volveremos a vernos —dijo él, en cierto momento.

—¿Acaso te vas? —preguntó ella, aunque sabía muy bien lo que él pretendía. Ya habían jugado a aquel juego otras veces.

—No. Pero es posible que mañana a estas horas esté muerto.

—¿Un duelo? —dijo, siguiendo con la comedia.

—¿Un duelo? —repitió él—. Tal vez. Un duelo que estoy condenado a perder entre mi corazón y tu crueldad.

—Jamás he tenido un gesto de crueldad contigo, mi buen amigo.

—¿No lo estás teniendo ahora, al llamarme simplemente «amigo» en lugar de la palabra que ansío oír de tus labios perfectos? ¿No es cada uno de tus actos una espada que se clava en mi corazón al negarme lo que los dos sabemos que ansiamos?

Ella arrugó el gesto.

—No —le atajó él antes de que pudiera decir nada—, no soy presuntuoso al suponer lo que deseas. Porque veo tus ojos y sé que ellos quieren darme lo que tu boca me niega.

—¿Y qué es ello?

—¿Acaso debo decirlo una vez más?

Ella asintió.

—Una vez más —dijo.

Álister dio un paso y, a través de los barrotes de la ventana tomó su

mano. Valquinia sintió algo cálido que subía a través de su vientre y notó que la piel le hormigueaba allí donde Álistar la tocaba. Sin embargo, mantuvo el gesto impassible.

—Una vez más —dijo de nuevo, ahora en un susurro.

Álistar acercó su rostro al suyo y musitó en sus oídos el dulce veneno que ella esperaba. Cada palabra era una caricia, cada frase un beso, cada párrafo como sentir su cuerpo desnudo pegado al de ella. Con los ojos cerrados y el gesto encendido, la respiración contenida, tomó cada una de sus palabras dentro de sí y las recibió como quien recibe a un amante.

Cuando se separaron, el resto del mundo no existía.

—Esta noche —consiguió decir ella—. Esta noche, mi amor.

Álistar besó la mano que aún sujetaba.

—Esta noche —dijo.

—Esta noche. Y no tendrás que morir por mí nunca más.

—Esta noche no moriré por ti. Moriré en ti.

Alguien voceó la hora a lo lejos y fue como si se hubiera roto un encantamiento. Álistar retrocedió un paso y miró a los lados.

—Esta noche —dijo ella una vez más—. Vete ahora, amor mío.

«Amor mío» formaron los labios de Álistar sin pronunciar las palabras en voz alta, al tiempo que retrocedía.

Valquinia no apartó la vista de él mientras se iba. Notaba el rostro acalorado y dentro de ella algo parecía a punto de rugir.

Sí, aquella noche, se dijo.

Tomó aire una vez. Y otra. Otra más.

Luego, como si no hubiera pasado nada, siguió con su labor de costura.

Tenía casi catorce años.

Álistar Yeter caminaba como si el mundo le perteneciese. Nada le importaba la noche que caía a su alrededor, ni los transeúntes que encontraba a su paso, ni, en general, el resto del mundo. Esa noche Valquinia sería suya. Meses de planificación y estrategia habían dado su fruto y él sería el primero en disfrutar de la joven.

Luego... no tardaría en aburrirse, como le pasaba a menudo. En aquellos momentos, sin embargo, enamorado de sí mismo, de la idea del